

CÓMICOS

CRISTOBAL GUZMAN

El teatro fue concebido por los romanos como un entretenimiento más, al mismo nivel que los combates de gladiadores o las carreras de carros. La comedia de inspiración griega fue el género más representado, y a través de él la demagogia de los cargos públicos conseguía atraerse no pocas voluntades. Plauto fue el autor que mejor suerte corrió, y sus obras todavía son representadas sin que hayan perdido buena parte de la frescura que hizo reír a los espectadores de hace más de dos mil años.

Pasando por alto las estériles disquisiciones acerca del origen del teatro en Roma, vayamos a en principio a cuestiones referidas a la organización.

Eran los ediles los que se encargaban de organizar todo el tinglado. Para ello, encargaban a un director de escena el montaje y éste, a su vez, compraba la obra al autor y contrataba a los actores, todos curiosamente hombres. Mientras el dramaturgo perdía todos sus derechos sobre la pieza una vez vendida, para disimular el machismo sobre la escena y solventar el problema de los papeles femeninos, los actores iban provistos de pelucas o máscaras, mientras los trajes dependían del tipo de obra y de la edad del actor. En cuanto al calzado, se utilizaban tacones altos (*crepida*) o sandalias abiertas (*soccus*) dependiendo del carácter cómico o trágico, res-

pectivamente. A partir de aquí, el éxito de la obra corría paralelo al incremento del buen nombre del edil entre los ciudadanos; por eso, los alcaldes que ahora acuden como moscas a los palcos de los campos de fútbol deben meditar: esto es algo muy viejo y ya no da votos. A poder ser, mejor arreglen los problemas sin estridencias.

El teatro latino guarda algunos paralelismos con el español del siglo de Oro. Una de esas semejanzas reside en la actitud del público, ya que el carácter jocoso de la comedia provocaba no pocas situaciones de orden público, tumultos incluidos, que se sofocaban como buena mente se podía; incluso existían los llamados *conquisitores*, inspectores encargados de poner de patitas en la calle a los más bullangueros, que no pagaban entrada y asistían a las representaciones en los primeros momentos de la tarde.

El gusto por la comedia

Cuando uno ve discutir a dos italianos, la manera en que gesticulan y representan, puede llegar a la conclusión de que llevan en la sangre más de dos milenios de teatro. Puede ser, aunque convendremos en que forma parte de un tópico francamente manoseado.

Los antiguos romanos no heredaron de los griegos el sentido de la tragedia y el concepto de *catarsis*. Se conformaron con explotar los recursos humorísticos de la comedia, que tenía más éxito cuanto más popular y